



espacio abierto

Cuaderno Venezolano de Sociología



**EN FOCO: 25 años de
Sociología I.
Los temas clásicos.**



Auspiciada por la International Sociological Association (ISA),
la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS)
y la Asociación Venezolana de Sociología (AVS)

Vol.25
Julio - Septiembre
2016

3



Desmontando mitos, discursos y fronteras morales. Reflexiones y aportes desde la Sociología de la Pobreza.

María Cristina Bayón*

Resumen

Desde una perspectiva sociológica, la pobreza no sólo es relativa, sino que está construida socialmente, lo que supone incorporar al análisis los mecanismos institucionales generadores de desigualdad, los aspectos materiales y discursivos de la misma, el modo en que los pobres son construidos como categoría social y los estigmas asociados a dicha construcción. La sociología de la pobreza trasciende las visiones que se limitan a describir las condiciones de vida de los sectores más desfavorecidos y medir sus carencias, indagando sobre los modos particulares en que estas condiciones son experimentadas y problematizadas. Junto a si indiscutible base material, es preciso incorporar al análisis las dimensiones simbólicas y relacionales que contribuyen a crearla, mantenerla y reproducirla. Los pobres no están fuera, sino dentro de la sociedad, pero en una situación desfavorable, lo que nos conduce a explorar los términos de su incorporación, su calidad de ciudadanía. Los cambios sociales y económicos experimentados en las últimas décadas han hecho de las ciudades latinoamericanas un contexto más hostil para los sectores desfavorecidos, donde la pobreza ha adquirido un carácter más excluyente. En este contexto se analiza cómo estos cambios condujeron a nuevas perspectivas de análisis, más complejas y dinámicas, y las investigaciones resultantes de las mismas, que han contribuido a la comprensión de las *nuevas* formas que adquiere el *viejo* problema de la pobreza. Los diversos abordajes e investigaciones aquí analizados no sólo contribuyen a desmontar los falsos mitos alimentados por las tesis de la cultura de la pobreza, sino que permiten dar cuenta del modo en que la(s) sociedad(es) se relaciona(n) con lse piensa, experma en contextos particulares.

Palabras clave: Sociología de la pobreza; desigualdad; desventajas; representaciones; estigmas; otredad

Recibido: 19-06-16/ Aceptado: 13-07-16

* Universidad Nacional Autónoma de México
E-mail: cristina.bayon@sociales.unam.mx

Dismantling myths, speeches and moral boundaries. Reflections and contributions from the Sociology of Poverty.

Abstract

From a sociological perspective, poverty is not only relative, but socially constructed, what requires incorporating the analysis of the institutional mechanisms that produce inequality, the material and discursive aspects of poverty, the ways the poor are constructed as a social category and the stigmas associated to such construction. The sociology of the poverty transcends those perspectives limited to the description and measurement of the life conditions and shortages of disadvantaged groups, by investigating the particular modes under which these conditions are experienced and problematized. Together with the unquestionable material basis of poverty, it is necessary to incorporate to the analysis the symbolic and relational dimensions that contribute to create, maintain and reproduce it. The poor are not *out*, but *in* society, though in an unfavorable situation, which leads us to explore the terms of their incorporation, their quality of citizenship. Social and economic changes experienced in recent decades have made Latin American cities a more hostile context for disadvantaged sectors, where poverty has acquired a more excluding character. In this context, this article analyzes how these changes led to new, more complex and dynamic perspectives, and the studies resulting from them, contributing to the understanding the *new* expressions of the *old* problem of the poverty. The different approaches and studies analyzed do not only contribute to the dismantling of the false myths fed by the culture of poverty theses, but allow to understand the way(s) in which society (s) relates with poverty and how it is thought, experienced, institutionalized and legitimized in particular contexts.

Keywords: sociology of poverty; inequality; disadvantages; representations, stigma, othering

Introducción

Frente a las tradicionales visiones económicas y estáticas de la pobreza, limitadas al ingreso y el consumo, el debate contemporáneo se ha visto enriquecido por perspectivas que cuestionan y trascienden esa estrecha comprensión del problema. Las nociones de privación relativa, capacidades, vulnerabilidad, activos y estructura de oportunidades, así como exclusión social, han conducido a un creciente reconocimiento del carácter multidimensional y dinámico de la pobreza, y de sus relaciones con la polarización, la diferenciación y la desigualdad social.¹ La pobreza es entendida como un proceso, como una trayectoria en la que se pasa por fases distintas, marcada por rupturas, desfases e interrupciones, por desventajas que se acumulan durante la experiencia biográfica, generando una progresiva fractura de los lazos que tejen la relación individuo-sociedad.

Este énfasis en la relación individuo-sociedad nos conduce a un análisis sociológico que remite al vínculo social y a interrogarnos sobre la noción misma de pobreza. En este sentido, la referencia a “El pobre”, escrito por Simmel ([1908] 1986) a inicios del siglo XX es ineludible. Para este autor lo sociológicamente pertinente no es la pobreza como tal, sino la relación de interdependencia entre la población que se designa como pobre y la sociedad de la que forma parte. De esta manera, la sociología de la pobreza puede ser pensada como una sociología de las relaciones sociales, que contrasta con la definición sustancialista y descriptiva de los pobres (Paugam, 2007).

1 Si bien el análisis de las diversas conceptualizaciones de la pobreza excede los objetivos de este trabajo, es importante mencionar –aunque de manera muy sintética, esquemática y no exhaustiva– algunas de las principales contribuciones que han alimentado este debate. Al respecto, resaltan los aportes de Townsend (1979, 1993) sobre el carácter relativo de la pobreza, tanto en lo que respecta al contexto socio-histórico, como a los umbrales de bienestar mínimos necesarios para garantizar la participación en la sociedad de pertenencia. La perspectiva de las capacidades de Sen, traslada el eje del análisis de la pobreza y la desigualdad de los medios (como la renta) a los fines (funcionamientos) que los individuos valoran y persiguen, y a las libertades (capacidades) necesarias para poder satisfacerlos. Dichas libertades están condicionadas por dimensiones estructurales (instituciones sociales, políticas y económicas) que limitan y restringen las opciones y oportunidades de los individuos para ejercer su agencia; no se trata sólo del nivel de realización, sino de la libertad u oportunidad real para realizarse, lo que exige de un mínimo de bienestar (1995; 2000a). Los conceptos de vulnerabilidad, activos y estructura de oportunidades, se instalan en el cruce del nivel microsociedad de individuos y hogares, y macrosociedad de los órdenes institucionales; la vulnerabilidad es considerada como un producto tanto de los activos de los hogares (disposición y control o movilización de los recursos materiales y simbólicos disponibles) como de las características de la estructura de oportunidades de acceso al bienestar asociadas al funcionamiento del Estado, el mercado y la comunidad, haciendo evidentes las raíces estructurales de las situaciones de vulnerabilidad (Kaztman, 1999,2002; Moser, 1998). Finalmente, el debate en torno a la exclusión enfatiza la dimensión relacional del problema; tematizada por algunos autores como desafilación (Castel, 1997) y por otros como descalificación social (Paugam, 1991), se centra en la emergencia y confluencia de diversos procesos que conducen al debilitamiento de los lazos que mantienen y definen en una sociedad la condición de pertenencia. Burchardt, Le Grand y Pichaud (2002:9) proponen un diagrama de “cebolla” para ilustrar el carácter complejo y dinámico de esta perspectiva. Si la cebolla es cortada verticalmente, el enfoque de la exclusión permite un análisis dinámico (relación entre influencias y experiencias pasadas y presentes); si es cortada horizontalmente pueden analizarse la relación entre diversas dimensiones o esferas (individual, familiar, comunitaria, etc.)

La pobreza no sólo es relativa, sino que está construida socialmente, su sentido es el que le da la sociedad. Los pobres no están fuera, sino dentro de la sociedad, pero en una situación desfavorable, como ciudadanos de segunda clase (Roberts, 2004; Sen, 2000). Esta inclusión desfavorable, tanto en términos materiales como simbólicos, puede ser pensada como una *integración excluyente* (Bayón, 2015), concepto que pretende dar cuenta de la forma que asume la “pertenencia” social de los más desfavorecidos en contextos de alta desigualdad. Al incorporar los mecanismos institucionales generadores de desigualdad, la sociología de la pobreza contribuye a un análisis más profundo sobre los aspectos materiales y discursivos de la misma, el modo en que los pobres son construidos como categoría social y cómo el estigma se asocia a dicha construcción (Islam, 2005). Además de preguntarnos por las condiciones de vida de los sectores más desfavorecidos y medir sus carencias, necesitamos indagar los modos particulares en que estas condiciones son experimentadas y problematizadas.

Como señalan Shildrick y Rucell (2015), en el período reciente, a través de evidencias empíricas, los sociólogos han desafiado las explicaciones individuales y psicológicas dominantes sobre la pobreza, destacando la relevancia del contexto y del tipo de oportunidades disponibles. La re-emergencia, en el escenario neoliberal, de un discurso criminalizador y culpabilizador de la pobreza, ha ido acompañada por la densificación espacial de desventajas en ciertas áreas de las ciudades, a la par de una fuerte estigmatización de las periferias más desfavorecidas y sus residentes. Dadas sus implicaciones en los debates políticos y en las respuestas para enfrentar el problema, de manera incipiente, las actitudes hacia la pobreza -valores, marcos, narrativas e imágenes-, han sido reconocidas como prioritarias en la agenda de investigación sobre el tema. Durante los últimos años y en diversos contextos nacionales y de provisión de bienestar se evidencia un marcado endurecimiento de las actitudes públicas hacia la pobreza, que se expresa, entre otros aspectos, en la culpabilización de los individuos por su situación y la estigmatización de los pobres, en general, y de los receptores de programas sociales, en particular (Sutherland et al., 2013; Peacock et al., 2014; Small et al., 2010).

Es preciso *desnormalizar* y *desmoralizar* la pobreza y el discurso en torno a ésta; transformarla en objeto de reflexión sociológica, aprehender su carácter socialmente construido. Esto no supone ignorar su indiscutible base material, sino incorporar al análisis las dimensiones simbólicas y relacionales que contribuyen a crearla, mantenerla y reproducirla.

Las ciudades latinoamericanas y sus pobres: realidades y perspectivas

Los cambios sociales y económicos experimentados en los últimos treinta años han hecho de las ciudades latinoamericanas un contexto más hostil para los sectores más desfavorecidos, en el que la pobreza ha adquirido un carácter más excluyente que en las décadas previas. No sólo la ecología de la desigualdad (Massey, 1996) se ha modificado; la experiencia de vivir ‘en la ciudad’ también evidencia profundas rupturas y abismales brechas entre privilegiados y desfavorecidos.

Las transformaciones y dinámicas socio-espaciales en diversas metrópolis han relegado a los sectores pobres a márgenes cada vez precarios y alejados de los centros urbanos, haciendo de la ciudad un espacio de constreñimientos más que de oportunidades para los más desfavorecidos. Estas transformaciones condujeron a cambios en las perspectivas y enfoques para estudiar la pobreza. Hasta la década de los 1980s, se pensaba que la (supuestamente 'inagotable') capacidad de adaptación de los pobres a la precariedad, gracias a sus redes de reciprocidad y a su creatividad para 'inventar' trabajo, hacían de la pobreza una experiencia menos 'problemática' y excluyente, cercana a un tipo de pobreza 'integrada'.² Si bien ya no permite dar cuenta de la experiencia de la privación en las periferias pobres, esta visión un poco romantizada de la vida cotidiana de los sectores más desfavorecidos, estuvo presente en numerosos estudios sobre la pobreza urbana en América Latina en las décadas de 1960 y 1970 (en un contexto en el que la pobreza aún tenía un carácter más integrado). Los asentamientos periféricos eran visualizados como 'barriadas de esperanza' (slums of hope), como soluciones, al menos parciales, a los problemas económicos y de vivienda de los pobres: autoconstrucción de la casa propia a costos relativamente bajos y uso de la misma para la generación de ingresos (comercios, talleres, etc.), participación política en movimientos urbanos para el acceso a servicios, mayores oportunidades educativas para sus hijos, etc. (Eckstein, 1990).

Fue precisamente en este contexto en el que se produjo el debate teórico acerca de la marginalidad: la industrialización por sustitución de importaciones, el rol del Estado y del mercado interno, los procesos de urbanización y el dinamismo del mercado de trabajo permitieron desarrollar estrategias de supervivencia entre los pobres y –en algunos contextos más que en otros– alimentaron las expectativas de mejoramiento y movilidad social de importantes sectores de la población. Las barriadas pobres, señalaba Larissa Lomnitz hace cuatro décadas en *Cómo sobreviven los marginados* (1975: 26), eran los nichos ecológicos, en donde, a través de sus redes de reciprocidad, los marginados resolvían positivamente ³ los problemas de inseguridad social y económica en un medio urbano adverso.

Las investigaciones desarrolladas en las últimas décadas en América Latina han contribuido a la comprensión de las nuevas formas que adquiere el viejo problema de

2 La pobreza integrada, según la tipología propuesta por Paugam (2007) es propia de contextos donde la pobreza afecta a una gran parte de la población, es una situación que parece "normal", ya que constituye un estado permanente y reproducible entre generaciones al cual la gente está "habituada". Los pobres tienen muchas posibilidades de vivir entre pobres, cuentan con el soporte de la familia, desarrollan sus actividades económicas mayoritariamente en el sector informal, la cobertura social es baja, no hay ingresos mínimos garantizados, las políticas sociales suelen tener un sesgo clientelar y la estigmatización es débil. Está integrada en el sistema social, constituye una forma de vivir y un destino más o menos aceptado. Esta forma elemental de pobreza, que en el contexto europeo suele ser más frecuente en los países meridionales (España, Portugal, Italia y Grecia), puede encontrarse en muchos países en desarrollo en los que las características de la sociedad rural tradicional se superponen a las de la sociedad industrial (Ibid).

3 Las cursivas son mías.

pobreza. Así, los trabajos que destacaban los “recursos de la pobreza”⁴ dieron paso a la “pobreza de recursos” (González de la Rocha, 1994, 2001). Las transformaciones experimentadas en el mundo del trabajo evidenciaron que los recursos de los pobres no sólo eran “agotables”, sino que, ante la falta de empleos, eran cada vez más limitados, restándoles capacidad de acción y reacción, debilitando la reciprocidad y la solidaridad, y en consecuencia, su “capacidad ingeniosa de adaptación” (González de la Rocha, 2001)

Al respecto, uno de los hallazgos más relevantes que diversas investigaciones han arrojado en las últimas décadas se refiere al carácter más excluyente que asume la “vieja” pobreza en las ciudades latinoamericanas, que se evidencia, entre otros aspectos, en la mayor concentración espacial y el progresivo aislamiento social de los pobres urbanos, en la creciente malignidad de la segregación, en la rigidización de la estructura social, y en el debilitamiento de los (históricamente limitados) mecanismos de protección por parte del estado resultante de las diversas estrategias de focalización en los sectores más pobres (Estos elementos, aunados a la erosión y redundancia de las redes familiares y comunitarias han conducido a profundas transformaciones en la experiencia cotidiana de la vida en la comunidad. En diversas ciudades latinoamericanas, como Montevideo, Buenos Aires, Santiago de Chile y la Ciudad de México, se han resaltado estos procesos de debilitamiento del espacio comunitario en enclaves de pobreza estructural. En estos espacios, las posibilidades de acceder a “oportunidades” que permitan superar –no simplemente mitigar– situaciones de desventaja, son cada vez más escasas, remotas o inexistentes. Estas realidades han dotado de “nuevos” rostros a la “vieja” pobreza. (Kaztman y Wormald, 2002; Kaztman, 2001; Sabattini et al, 2001; Hiernaux, 1999; De la Rocha et al., 2004; Saraví, 2006; Prevot Schapira, 2002)

Así, mientras que en los años 1960s y 1970s, los *marginales* eran quienes estaban *fuera* de la cultura y las instituciones dominantes, y su incorporación era básicamente un problema de *mayor acceso* a los distintos servicios (educación, salud, vivienda, etc.), en las décadas siguientes, el acceso se amplió, pero se volvió muchas más jerarquizado y segmentado. El mayor acceso a diversos servicios, fue acompañado por una profundización de las brechas sociales y la calidad de los servicios pasó a ser determinante en las posibilidades de mejoramiento de los niveles de vida. Los sectores medios y altos se retiraron progresivamente de los servicios brindados por el Estado hacia escuelas y servicios de salud privados, y se recluyeron en espacios residenciales cerrados. Este retiro de las clases medias redujo los espacios de encuentro entre diferentes clases sociales y debilitó las posibilidades de coaliciones políticas a favor de incrementar el gasto y la calidad de los servicios públicos. A su vez, los hijos de los hogares acomodados tendieron a monopolizar el acceso a la educación en los niveles más altos y a los -cada vez más escasos- empleos de calidad (Roberts y Woods, 2005).

4 Se refiere la multiplicidad de recursos y diversidad de fuentes de ingreso con que cuentan los pobres (combinación de distintos tipos de empleo, producción doméstica de bienes y servicios, ayuda mutua entre amigos, vecinos y parientes) que les permiten desarrollar estrategias de adaptación ante la insuficiencia de ingresos; es decir, se destaca el ingenio, la adaptabilidad, la flexibilidad y la existencia de opciones y recursos en manos de los pobres (González de la Rocha, 1994).

De esta manera, mientras que en los años 1960s la marginalidad consistía en estar ‘afuera’ de las instituciones formales que promovían los valores y habilidades de la modernidad, en el escenario contemporáneo, los procesos de exclusión social se expresan en los *términos de la incorporación* de vastos sectores sociales, en sus patrones de integración, que dan lugar a una *inclusión desfavorable*, a una ciudadanía de *segunda clase*, o, en otros términos, a una *integración excluyente*, donde las desventajas derivan, entre otros aspectos, de la diferenciación producida por las instituciones del estado (Faria, 1995; Sen, 2000b; Roberts, 2004; Bayón 2015)

Fronteras morales, estigmas y violencia simbólica

En las últimas décadas el análisis de las dimensiones culturales ha adquirido particular relevancia en los análisis sociológicos sobre la pobreza. Estas dimensiones se relacionan con los diversos significados que se construyen o adoptan para interpretar experiencias de vida o para crear fronteras simbólicas o morales entre categorías de personas o cosas, mediante las cuales la gente atribuye identidades a “otros” y a ellos mismos (Charles, 2008).

Los límites simbólicos definen jerarquías, similitudes y diferencias entre grupos, trazando fronteras entre *ellos* y *nosotros*. Revelan cómo los individuos caracterizan a los miembros de las distintas clases sociales, sus características, defectos o limitaciones, y pueden constituir tanto un producto, como una fuente de desigualdad social. Estos límites permiten entender si los procesos de éxito o fracaso de determinados grupos, como *los pobres*, son atribuidos al contexto y a fuerzas externas, o a explicaciones de auto-culpabilización (Lamont y Molnár, 2002; Lamont y Small, 2008; Small et al., 2010). La noción de límites nos remite al proceso de la sociabilidad, haciendo evidente tanto el funcionamiento de las estructuras y las instituciones, como los sistemas de clasificación que separan a *los pobres* de *nosotros*.

Tradicionalmente, las dimensiones culturales han sido poco exploradas en los estudios sobre la pobreza, donde ha predominado una visión parsoniana de la cultura como un conjunto unitario y coherente de normas y valores o como patrones de comportamiento imputables a un grupo social particular, ignorando las diferencias intra-grupales. Fue precisamente esta visión la que inspiró y popularizó el concepto de “cultura de la pobreza” acuñado por Oscar Lewis en 1970, el cual alimentó estereotipos y estigmas sobre “los pobres” y “su” cultura.⁵ Absorbidas por el pensamiento conservador, las tesis de “cultura de la pobreza” se constituyeron a partir de entonces en una herramienta para

5 Como resultado de sus investigaciones en México y Puerto Rico, Lewis (desarrolló el concepto de cultura de la pobreza, según el cual, las poblaciones marginadas desarrollan patrones de comportamiento particulares para enfrentar su situación (bajas aspiraciones, apatía política, indefensión, provincialismo y distanciamiento de los valores de la clase media, etc.). Desde esta perspectiva, los pobres se orientan hacia el presente y la gratificación instantánea, prefieren la felicidad al trabajo, valoran más las redes familiares que las consideraciones morales sobre lo correcto e incorrecto, tienen relaciones sexuales con múltiples parejas durante el curso de vida, etc. Esta “cultura”, o más bien “subcultura” tiende a perpetuarse, más allá del cambio en las condiciones estructurales, e impide a los pobres escapar de su situación de desventaja (Lewis, 1970).

“culpar a la víctima” y atribuir a los pobres una “cultura de la desviación”, argumentos sistemáticamente utilizados para estigmatizar, aislar y negar asistencia a los pobres (O’Connor, 2001).

En el período reciente se ha avanzado hacia perspectivas más complejas, que han contribuido a un resurgimiento de las dimensiones culturales en la agenda de investigación sobre la pobreza, brindando un panorama más sutil, heterogéneo y complejo sobre cómo los factores culturales moldean y son moldeados por la pobreza y la desigualdad (Harding, 2007; Lamont y Small, 2008; Reutter et al., 2009; Small et al., 2010; Young, 2010). En lugar de “tener” una cultura”, los individuos existen en el contexto de, responden a, usan y crean símbolos culturales, a través de los cuales dan sentido a sus vidas. La utilización de conceptos como los de marcos y repertorios culturales, narrativas, límites simbólicos y capital cultural contribuyen a una mejor comprensión de cómo los pobres interpretan y responden a sus circunstancias, desmontando y haciendo evidentes los estereotipos en los que frecuentemente se inspiran numerosas políticas sociales (Bayón, 2013).

La cultura es el sujeto o el subtexto de los recurrentes debates sobre la pobreza, de la distinción entre los pobres “merecedores” y “no merecedores”, de la “dependencia” de los pobres de los programas sociales, de los discursos conservadores y moralizantes acerca de la responsabilidad individual, el trabajo duro, el esfuerzo y la familia (Lamont y Small, 2008). El discurso público de la pobreza emergente del fundamentalismo de mercado forma parte de una poderosa narrativa que equipara al Estado de bienestar y a la protección social con la decadencia moral, y al imperio del mercado, con lo justo y adecuado

En contraste con la visión de la cultura de la pobreza, que asigna a los pobres una identidad homogénea, con patrones culturales específicos, diversos estudios sobre la construcción de límites e identidad entre los sectores más desfavorecidos, se han centrado en el análisis de cómo los pobres se autodefinen (trabajadores, buenos padres, seres morales, etc.). En términos generales se observa que el trabajo emerge como una categoría central entre los pobres para distinguirse de “los otros” pobres.

En su investigación sobre trabajadores latinos y afroamericanos empleados en la industria de comida rápida en Harlem, Newman (1999) destaca que éstos se definen a sí mismos como “trabajadores” para distinguirse de los “desempleados pobres”, desarrollando una jerarquía de status anclada en la estructura social dominante y en la narrativa del “sueño americano”. En un contexto en el que predominan los estereotipos negativos, no sorprende que pocos estén dispuestos a reconocerse como *pobres*. Mi propio trabajo etnográfico en un área de alta concentración de pobreza de la Ciudad de México, arroja resultados similares respecto a cómo los residentes del lugar visualizan a “los pobres; los pobres, en sus narrativas, son quienes *no tienen nada*. La pobreza remite a la indigencia, al abandono y al aislamiento, a carencias absolutas y extremas (de alimento, vestido, calzado, vivienda, etc.), lo que permite, a quienes padecen múltiples privaciones, distanciarse del *pobre*, ubicarlo en un status más bajo que el propio. El pobre es el *otro*, vive en *otro lugar* (otra colonia, otra calle, la parte alta o la parte baja del municipio); en suma, *carece* de lo que yo tengo (Bayón, 2015).

La atribución de la pobreza a una causa individual o colectiva es en sí misma un importante indicador de las maneras en que los individuos y las sociedades se relacionan con ésta. Las percepciones públicas tienen un rol clave en la legitimación de la desigualdad y en la delimitación de las fronteras de la intervención del estado en la provisión de bienestar, en general, y de las políticas de combate a la pobreza, en particular (Lepianka et al. 2010). A través de entrevistas en profundidad, Seccombi et al. (1998) analizan las construcciones sociales de las madres que reciben asistencia pública (*welfare mothers*) en Estados Unidos y cómo éstas son internalizadas por las propias receptoras. En un contexto caracterizado por una concepción fuertemente individualista de la pobreza, los receptores de asistencia pública, en su mayoría niños dependientes y sus madres solteras, constituyen el subconjunto de pobres más estigmatizado, estigmas de los que estas madres tienen pleno conocimiento: “flojas”, “adictas a las drogas”, “tramposas”, desinteresadas en la educación, “sin ganas de mejorar” “dependientes de la asistencia social”, etc.⁶ Respecto a la construcción de límites simbólicos entre los propios pobres, las madres entrevistadas evalúan su propia situación y la de otras madres beneficiarias a partir de concepciones contrastantes que evidencian un distanciamiento físico y emocional de *otras* mujeres que comparten su misma situación, estableciendo claras distinciones entre “yo” y “ellas”.⁷ Este extrañamiento opera como un mecanismo para enfrentar el estigma a la par que justifica y legitima la desigualdad social, atribuyendo las desventajas sociales a las características individuales de los desfavorecidos.

Refiriéndose a la sociedad chilena, un contexto en el que el individualismo neoliberal se presentó como altamente “exitoso”, Márquez (2003) destaca que ser pobre en este país es ser portador de un estigma. Esta estigmatización se da en el contexto de una sociedad fascinada por el éxito individual, la competitividad y la excelencia, donde la probabilidad de existir y reconocerse en la mirada del otro se han vuelto altamente improbables. En su trabajo etnográfico en áreas de la ciudad de Santiago—un barrio de clase media alta y un barrio popular—, la autora observa la forma que adquiere la relación con el otro en cada uno de estos espacios. En el primer barrio (un condominio cerrado) al otro se lo tolera, pero no se lo frecuenta ni en los aspectos más fortuitos de la convivencia. La relación con el otro, el más pobre o el que habita en los extramuros del condominio, se construye esporádicamente, ya sea desde los servicios (las “nanas”, los jardineros, los maestros) o la caridad, una caridad supeditada a situaciones de urgencia. En el segundo barrio, conformado por viviendas de interés social, se observa que la estigmatización y

- 6 Estos estereotipos negativos son reforzados por las imágenes difundidas en los medios de comunicación: en contraste con las madres “famosas”, presentadas como tranquilas, pacientes y predecibles, las madres que reciben asistencia pública son mostradas pintándose las uñas, fumando y alimentando a su bebé con Pepsi (Bullock et al., 2001). Estas representaciones e imágenes profundamente negativas de las “welfare mothers” contribuyeron al apoyo público, sobre todo de los sectores medios blancos norteamericanos, a la reforma de 1997, que dismanteló el sistema previo, e implantó las políticas de “workfare”.
- 7 Mientras que las mujeres en una situación semejante son evaluadas desde una perspectiva individualista y estigmatizante, que reproduce los estereotipos antes mencionados, su propia situación es explicada desde una perspectiva estructural— que resalta la precariedad y los bajos salarios de los empleos disponibles la ausencia de centros de cuidado infantil accesibles, seguros y de calidad; la falta de apoyo del padre de sus hijos; el deficiente sistema de transporte público, así como problemas más amplios como el racismo y el sexismo, y limitaciones propias del sistema de provisión de bienestar (Seccombi et al. , 1998).

discriminación no proviene sólo de los márgenes externos a la comunidad, sino también de los propios vecinos, construyéndose fronteras internas a la propia villa, dependiendo del modo en que se adquirió la vivienda -si por ahorros propios y provenientes de barrios aledaños o por la ayuda del Estado y provenientes de campamentos (Márquez, 2003)

En la medida en que los grupos estigmatizados internalizan la visión dominante acerca de su menor status, es menos probable que desafíen las formas estructurales de discriminación que bloquean su acceso a diversas oportunidades. La criminalización simbólica de ciertas categorías sociales es un proceso social dominante y tan difundido que hasta las propias víctimas de los estereotipos, acaban por reproducirlos, aunque de manera ambigua (Link y Phelan, 2001; Caldeira, 2007).

Conclusiones

El análisis previo revela las continuidades y rupturas en las realidades y perspectivas sobre la pobreza. El reconocimiento de la pobreza como un problema multidimensional y dinámico requiere de un análisis complejo capaz de dar cuenta de las relaciones entre las diversas dimensiones de la misma y sus posibles efectos acumulativos.

Los diversos abordajes e investigaciones aquí analizados no sólo contribuyen a desmontar los falsos mitos alimentados por las tesis de la cultura de la pobreza, sino que permiten dar cuenta del modo en que la(s) sociedad(es) se relaciona(n) con la pobreza y cómo ésta se piensa, experimenta, institucionaliza y legitima en contextos particulares. Las investigaciones sociológicas desarrolladas en las últimas décadas evidencian que “los pobres” no constituyen un grupo homogéneo con valores y patrones de comportamiento compartidos que perpetúan su situación de desventaja. Por el contrario, éstas muestran que los individuos pueden comportarse de maneras diferenciadas frente a constreñimientos estructurales semejantes, significar y experimentar sus desventajas de modos diversos, diversidad siempre limitada y condicionada por el contexto y el acceso a recursos y oportunidades. De lo que se trata es de ir más allá de la descripción de las condiciones de vida de los sectores desfavorecidos, y explorar cómo dichas condiciones son percibidas y concebidas socialmente y los modos en que las representaciones sociales moldean y son moldeadas por las políticas e instituciones que se generan en torno a la pobreza.

Wilkinson y Pickett (2009) destacan que la calidad de las relaciones sociales se construyen sobre cimientos materiales: los problemas sociales y de salud no sólo son más comunes en los sectores sociales más desfavorecidos, sino que el peso social de estos problemas es mucho mayor en las sociedades más desiguales. Si todos los otros factores permanecen constantes, son las desigualdades en cuanto tales las que hacen mal. Lo relevante para evaluar el bienestar no es simplemente la posición que ocupamos en la escala social, sino qué posición ocupamos en relación con los demás dentro de nuestra propia sociedad; el grado de desigualdad *dentro* de una sociedad es el esqueleto que sustenta las desigualdades culturales y de clase. La relación entre amplias brechas de ingreso y bajos estándares de salud en la población deriva en parte del modo en que una sociedad más desigual y jerárquica incrementa los sentimientos de inferioridad, vergüenza e incompetencia entre los más desfavorecidos (Wilkinson & Pickett (2009).

Analizar a la pobreza como una construcción social supone desmontar los mecanismos que conducen a su naturalización; centrar el análisis no sólo en los pobres sino en las estructuras sociales, las políticas y las instituciones. La estigmatización y criminalización de los pobres contribuyen a legitimar las desigualdades y consolidan los privilegios de los sectores más ricos. Depauperizar (y por tanto desmoralizar) el discurso sobre la pobreza exige mirar hacia la estructura social en su conjunto, y plantea el desafío de observar más de cerca cómo viven los ricos y cómo legitiman sus privilegios.

Referencias Bibliográficas

- BAYÓN, M.C. (2013.) "Hacia una sociología de la pobreza: la relevancia de las dimensiones culturales", **Estudios Sociológicos** 91, 87-112
-
2015. **La integración excluyente. Experiencias, discursos y representaciones de la pobreza urbana en México, Ciudad de México: Bonilla Artigas Editores/Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México**
- BURCHARDT, T., LE GRAND, J. y PICHAUD, D. (2002), "Introduction", en HILLS, J. Julien LE GRAND, J. y PIACHAUD, D. (editores). **Understanding Social Exclusion**, Oxford: Oxford University Press, 1-12.
- CALDEIRA, T. (2007). **Ciudad de Muros-** Barcelona: Gedisa.
- CASTEL, R. (1997) **La metamorfosis de la cuestión social.** Buenos Aires: Paidós
- CHARLES, M. (2008) "Culture and Inequality. Identity, ideology and Difference in "Postscriptive Society". **The ANNALS of the American Academy of Political and Social Science** 619, 41-58.
- ECKSTEIN, S. (1990) "Urbanization Revisited: Inner-City Slum of Hope, Squatter Settlement of Despair". **World Development** 18 (2), 165-181.
- FARIA, V. (1995). "Social Exclusion and Latin American analysis on poverty and deprivation", en RODGERS, G., GORE, Ch. y FIGUEREIDO, J. (editores) **Social Exclusion: Rethoric, Reality, Responses.** Ginebra: ILO, Internacional Institute for Labor Studies, 117-128
- GONZÁLEZ DE LA ROCHA, M. (1994). **The resources of poverty. Women and survival in a Mexican City.** Oxford: Blackwell
-
2001. "From the Resources of Poverty to the Poverty of Resources? The Erosion of a Survival Model". **Latin American Perspectives** 28 (4), 72-100.
- HIERNAUX, D. (1999). "Los frutos amargos de la globalización: expansión y reestructuración metropolitana de la Ciudad de México". **EURE** 76, vol. 25, 57-78.
- ISLAM, S. (2005), "Sociology of Poverty: Quest for a New Horizon", **Bangladesh e-Journal of Sociology**, vol.2, núm.1, pp.1-7

- KAZTMAN, R. (coordinador) 1999. **Activos y Estructura de Oportunidades: Estudio sobre las Raíces de la Vulnerabilidad Social en Uruguay**. Montevideo: CEPAL.
- _____ (2002). “Convergencias y divergencias: exploración sobre los efectos de las nuevas modalidades de crecimiento sobre la estructura social de cuatro áreas metropolitanas en América Latina”, en KAZTMAN, R. y WORMALD, G. (coordinadores.) **Trabajo y Ciudadanía**. Montevideo: Cebra.
- _____ y WORMALD, G. (coordinadores) (2002). **Trabajo y Ciudadanía. Los cambiantes rostros de la integración y la exclusión social en cuatro áreas metropolitanas de América Latina, Montevideo: Cebra**
- LAMONT, M. y MOLNÁR, V. (2002), “The study of boundaries in social sciences”, **Annual Review of Sociology**, vol.28, pp.167-195.
- LEPIANKA, D., GELISSEN, J. y Wim VAN OORSCHOT, W. (2010) “Popular Explanations of Poverty in Europe. Effects of Contextual and Individual Characteristics across 28 European Countries”, **Acta Sociológica**, vol.53, núm. 1, 53-72
- LEWIS, O.1970. “The Culture of Poverty”, en **Anthropological Essays**. Nueva York: Random House.
- LINK, B. y PHELAN, J. (2001). “Conceptualizing Stigma”, **Annual Review of Sociology**, vol. 27: 363-385
- LOMNITZ, L. (1975) **Cómo sobreviven los marginados**. México D.F.: Siglo XXI Editores
- MÁRQUEZ, F. (2003) “Identidad y fronteras urbanas en Santiago de Chile”, **Psicología em Revista, Belo Horizonte**, vol. 10, núm.14, pp.35-51.
- MASSEY, D. (1996) “The age of extremes: concentrated affluence and poverty in the twenty-first century.” **Demography** 33: 395-412.
- MOSER, C. (1998). “The asset vulnerability framework: Reassessing urban poverty reduction strategies”, **World Development**, Vol. 26 núm.1, pp. 1-19.
- NEWMAN, K. (1999). **No shame in my game. The working poor in the inner city**. New York: Rusell Sage Foundation
- PAUGAM, S. (1991). **La Desqualification Sociale. Essai sur la Nouvelle Pauvreté**. Paris: PUF.
- _____ (2007) **Las formas elementales de la pobreza**. Madrid: Alianza Editorial.
- O’CONNOR, A. (2001), *Poverty Knowledge: Social Science, Social Policy, and the Poor in the Twentieth Century U.S. History*, Princeton University Press
- PEACKOCK, Marian, P. BISSEL y J. OWEN. 2014. “Shaming Encounters. Reflections on Contemporary Understandings of Social Inequality and Health, *Sociology* 48(2): 387-402

- PRÈVÔT-SCHAPIRA, M.F. (2002) “Buenos Aires en los años ´90: metropolización y desigualdades”, *EURE*, Vol. 28 N° 85), 31-50
- ROBERTS, B. (2004). “From Marginality to Social Exclusion: From *laissez faire* to pervasive engagement”, en “From the Marginality in the 1960s to the “New Poverty” of Today: A LARR Research Forum”, *Latin American Research Review* 39:1, 195-197.
- _____ y WOODS, C. 2005. “Introduction: Rethinking Development in Latin America”. En WOODS, C. y ROBERTS, B. (compiladores) **Rethinking Development in Latin America**. Pennsylvania: Pennsylvania State University Press, 1-23
- SABATINI, F., CÁCERES, G. y CERDA, J. (2001) “Segregación residencial en las principales ciudades chilenas: Tendencias de las tres últimas décadas y posibles cursos de acción”. *EURE* 27: 82 (2001), 21-42
- SARAVÍ, G. (editor) (2006). **De la Pobreza a la Exclusión. Continuidades y Rupturas de la Cuestión Social en América Latina**, Buenos Aires: Prometeo
- SECCOMBE, K., DELORES, J. y BATTLE WATERS, K. (1998), “‘They Think You Ain’t Much of Nothing’: The Social Construction of the Welfare Mother”, *Journal of Marriage and Family*, vol. 60, núm.4, 849-865.
- SEN, A. (1995). **Inequality Reexamined**. Cambridge: Harvard University Press.
- _____ (2000 a) **Desarrollo y libertad**. Barcelona: Planeta
- _____ (2000 b) **Social Exclusion: Concept, Application, and Scrutiny, Social Development Papers 1**, Asian Development Bank.
- SHILDRICK, T. y RUSELL, J. (2015). **Sociological perspectives on poverty**. York: Joseph Rowntree Foundation
- SIMMEL, G. ([1908] 1986) “El pobre”, en SIMMEL, G. **Sociología. Estudio sobre las formas de socialización**, Tomo 2. Madrid, Alianza Editorial, pp.479-520
- SUTHERLAND, W. (2013). “100 Questions: identifying research priorities for poverty prevention and reduction” *Journal of Poverty and Social Justice*: 1-17
- TOWNSEND, P. (1979). **Poverty in the United Kingdom**. Harmondsworth: Penguin.
- _____ (1993). **The International Analysis of Poverty**. New York: Harvester Wheatsheaf.
- WILKINSON, R. y PICKETT, K. (2009). **Desigualdad. Un análisis de la (in) felicidad colectiva**. Madrid: Turner Publicaciones



UNIVERSIDAD
DEL ZULIA



espacio
abierto

Cuaderno Venezolano de Sociología

Vol 25, N°3 _____

Esta revista fue editada en formato digital y publicada en septiembre de 2016, por el Fondo Editorial Serbiluz, Universidad del Zulia. Maracaibo-Venezuela

www.luz.edu.ve
www.serbi.luz.edu.ve
produccioncientifica.luz.edu.ve